

## CAPITULO XVIII

Vamos á concretar en un breve sumario los principales rasgos del sistema de la Naturaleza que acabamos de exponer.

I. El Sol es el primer agente de la vida y de la organización.

II. En los tiempos primitivos de nuestro globo comenzó la vida en las plantas acuáticas y aéreas y en los zoófitos. El mismo orden se reproduce hoy en el punto de partida y en el desarrollo de la vida y de las almas. Los rayos solares, cayendo sobre la Tierra y sobre las aguas, provocan en ellas la formación de las plantas y la de los zoófitos. Al depositar en estos elementos *gérmenes animados*, precedentes de seres espiritualizados que habitan el Sol, los rayos solares provocan el nacimiento de las plantas y de los zoófitos.

III. Las plantas y los zoófitos están dotados de vida y de sensibilidad y contienen un germen animal, como el grano contiene el embrión.

IV. El germen animado contenido en la planta y en el zoófito pasa, á la muerte de cada animal, al cuerpo del animal que viene después de él en la

escala ascendente de perfeccionamiento orgánico. El germen animado pasa del zoófito al molusco, de éste al animal articulado, al pez ó al reptil. Del cuerpo del reptil pasa al del ave, y después al de los mamíferos.

En los seres inferiores, los zoófitos, por ejemplo, pueden reunirse muchos gérmenes animados para formar el alma de un solo ser, de un orden superior.

V. Al atravesar toda la serie de animales, esta alma rudimentaria se perfecciona y adquiere principios de facultades. Al sentimiento se agrega la conciencia, la voluntad, el juicio. Cuando el alma ha llegado al cuerpo del mamífero, ha adquirido ya un cierto número de facultades. Además del sentimiento, tiene la base de la razón, es decir, el *principio de causalidad*. Desde un animal mamífero perteneciente á los órdenes superiores, el alma pasa al cuerpo de un niño recién nacido.

VI. El niño nace sin memoria, como el animal superior de donde procede. Al llegar á la edad de un año próximamente, adquiere esta facultad y poco á poco se va enriqueciendo con facultades nuevas: la imaginación, el pensamiento, se desarrollan; la razón se fortifica; la memoria se afirma y se amplía.

VII. Si el niño muere antes de los doce meses de edad, su alma, muy imperfecta todavía y desprovista de facultades activas, pasa al cuerpo de otro niño recién nacido y empieza otra nueva vida.

VIII. Al morir el hombre, mientras su cuerpo permanece en la Tierra, su alma se eleva, al través de la atmósfera, hasta el éter que rodea á todos los planetas, y entra en el cuerpo del *ser sobrehumano*.

IX. Si durante su estancia en la Tierra el alma humana no se ha depurado y ennoblecido lo suficiente, recomienza una segunda existencia, pasando al cuerpo de un niño recién nacido y perdiendo el recuerdo de su existencia anterior. Solamente cuando ha alcanzado el grado conveniente de perfección es cuando esta alma, después de haberse reencarnado una ó más veces, puede salir de nuestro globo, ir á ocupar un nuevo cuerpo en el seno de las planicies etéreas y constituir un ser sobrehumano que recobra la memoria de sus existencias anteriores.

X. Lo que sucede en la Tierra, sucede igualmente en los demás planetas de nuestro sistema solar. Las mismas acciones se producen en Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, etcétera. En estos planetas el Sol provoca el nacimiento de vegetales análogos á los nuestros. Por la acción de sus rayos al caer en estos globos, y dejando en ellos gérmenes animados, se producen plantas y animales inferiores: después, estos gérmenes animados contenidos en las plantas y en los animales inferiores, pasando sucesivamente por toda la serie de los animales, acaban por producir un ser superior, por la inteligencia y la sensibilidad, al resto

de todos los demás seres vivos. Este ser, que es análogo al ser humano, es el hombre planetario.

XI. El hombre planetario que habita en Mercurio, Venus, Marte, etc., al morir, su envoltura material queda en el globo planetario y su alma, si está suficientemente depurada, pasa al éter que rodea á cada planeta: encarna allí en un nuevo cuerpo y forma un ser sobrehumano.

XII. En el éter planetario flotan falanges de seres sobrehumanos, formadas por la reunión de almas llegadas de nuestro globo y de los demás planetas. El tipo orgánico de estos seres es el mismo cualquiera que sea su patria planetaria.

XIII. El ser sobrehumano está dotado de atributos especiales, de facultades potentes, que le colocan muy por encima de la humanidad terrestre ó planetaria. En este ser, la materia, con relación al principio espiritual, está en una proporción mucho más reducida que en el hombre. Su cuerpo es vaporoso y ligero: tiene sentidos que nos son desconocidos, y los sentidos que nosotros poseemos los tiene él prodigiosamente perfeccionados, aumentados y utilizados. Puede recorrer en muy poco tiempo todas las distancias y viajar sin fatiga de un punto á otro del espacio. Su vista tiene una extensión inconmensurable. Tiene la intuición de muchos hechos, que para los pobres humanos están cubiertos de un velo impenetrable.

XIV. El ser sobrehumano que procede de la Tierra puede ponerse en relación con los hombres

que son dignos de recibir sus comunicaciones. Dirige su conducta, vigila sus acciones, ilumina su razón, inspira su corazón. Después, cuando ellos, á su vez, llegan á los dominios celestes, les recibe en el dintel de estas regiones y les facilita el ejercicio de la vida bienaventurada que les espera más allá de la tumba.

XV. El ser sobrehumano es mortal. Cuando en el seno de los espacios etéreos ha terminado el curso normal de su existencia, muere, y su principio espiritual entra en un cuerpo nuevo, el del *ser archihumano*, en el cual apenas hay materia, siendo casi todo principio espiritual.

XVI. Estas reencarnaciones en los espacios etéreos se reproducen un número de veces imposible de determinar, y dan una serie de criaturas cada vez más activas por el pensamiento y por la acción. En cada una de estas promociones en las altas jerarquías del espacio, estos seres sublimes ven aumentarse la energía de sus facultades intelectuales y morales, su potencia de sentir, su poder de amar y su iniciación en los más profundos misterios del universo.

XVII. Cuando ha llegado al último grado de la jerarquía celeste, el *ser espiritualizado* es absolutamente perfecto en potencia é inteligencia. Entonces está completamente desligado de toda alianza material; no tiene cuerpo, es un espíritu puro, y en este estado penetra en el Sol.

XVIII. El Sol, el astro-rey, es la mansión final

y común de todos los seres espiritualizados que han llegado de los diferentes planetas después de haber vivido una serie de existencias en las planicies infinitas del éter.

XIX. Los *seres espiritualizados* reunidos en el Sol envían á la Tierra y á los planetas emanaciones de su esencia, es decir, *gérmenes animados*. Los rayos del Sol son los portadores de esos gérmenes que distribuyen en los planetas la organización, el sentimiento de la vida, al mismo tiempo que presiden todas las grandes acciones físicas y mecánicas que se efectúan en la Tierra y demás planetas de nuestro mundo solar.

XX. La formación de las plantas aéreas y acuáticas y el nacimiento de animales inferiores ó zoófitos es, como hemos dicho, el resultado de los rayos solares sobre nuestro globo. Después comienza la serie de transmigraciones de las almas al través de los cuerpos de los diferentes animales que debe llegar al hombre, al ser sobrehumano y á toda la cadena de metempsicosis celestes, cuyo último término es el ser espiritualizado, ó sea el habitante del Sol.

De este modo se cierra y se completa el gran círculo de la Naturaleza, esta cadena no interrumpida de la actividad vital, que no tiene principio ni fin, y que une á todos los seres en una sola familia, la familia universal de los mundos.

La Naturaleza no es, pues, una línea recta, sino un círculo, y no puede decirse dónde empieza ni

dónde concluye este círculo admirable. La sabiduría egipcia, que representaba al mundo bajo la forma de una serpiente enrollada sobre sí misma, era el símbolo de una gran verdad que ha esclarecido la ciencia moderna.

## CAPÍTULO XIX

El argumento de más fuerza que puede hacerse contra la doctrina que acabamos de exponer, es decir que no tenemos ningún recuerdo de haber existido antes de esta vida.

Estamos conformes; pero si esta dificultad no existiera, si realmente tuviéramos el recuerdo de una vida anterior á la actual, la doctrina de la pluralidad de existencias no necesitaría demostración, saltaría á la vista, sería evidente por sí misma.

Incidentalmente hemos tratado ya esta cuestión; pero nos parece oportuno repetir aquí todo lo que hemos dicho en capítulos anteriores para explicar la falta del recuerdo de nuestras existencias pasadas.

Hemos dicho que si el alma está en su primera encarnación humana, si proviene de un animal superior, no debe tener memoria, porque esta facultad es de muy poca extensión en el animal. Tratándose de una segunda ó tercera encarnación humana, la dificultad es más seria, porque es preciso que el hombre que ha vivido y renace haya olvidado su primera vida.

Pero este olvido no es absoluto: el alma humana conserva siempre algún recuerdo de las impresiones recibidas anteriormente en la vida terrestre. Las aptitudes naturales, las facultades especiales, las vocaciones, son las huellas de aquellas impresiones antiguamente recibidas, de aquellos conocimientos que anteriormente había adquirido, y que revelándose desde la cuna no pueden explicarse de otro modo que admitiendo otra vida anterior. Hemos perdido el recuerdo de los hechos, pero nos queda la consecuencia moral, la resultante, y así se explican las ideas innatas que existen en nuestra alma desde el nacimiento, así como el *principio de causalidad*, que nos enseña que no hay efecto sin causa. Este principio sólo puede derivar de hechos, porque una abstracción no puede basarse más que en hechos concretos, en acontecimientos sucedidos, y esta abstracción ó esta idea metafísica que traemos al nacer implica hechos anteriores, y esta anterioridad no puede remontar más que á una vida pasada.

Cuando nuestra alma, desligada de preocupaciones, se entrega libremente al ensueño, entrevemos, en un lejano nebuloso, espectáculos misteriosos y mal definidos, que parecen pertenecer á mundos que no nos son desconocidos, y que, sin embargo, nada se parecen á los de la Tierra. En esta vaga contemplación hay como un recuerdo vago de una vida anterior.

El cariño que tenemos á las flores, á las plan-

tas, á la vegetación, puede ser como un recuerdo amistoso á lo que fué nuestro primer origen.

Aparte de todas estas consideraciones, hay otra que creemos explica perfectamente la falta de recuerdo de una ó más existencias anteriores. La Naturaleza, previsoramente, nos ha negado la memoria de nuestras vidas anteriores. M. André Pezzani, en su obra *Pluralidad de existencias del alma*, tratando esta cuestión, dice: «La mansión terrestre no es más que una nueva prueba, como ha dicho Dupont de Nemours, ese prodigioso escritor que en el siglo XVIII se adelantó á todas las creencias modernas. Siendo esto así, ¿no se comprende que el recuerdo de las vidas anteriores empujara extraordinariamente las pruebas quitándoles la mayor parte de las dificultades, y por lo tanto, su mérito, así como su espontaneidad? Vivimos en un mundo donde el libre albedrío es omnipotente, ley inviolable del avance y de la iniciación progresiva de los hombres. Si las existencias pasadas fueran conocidas, el alma sabría la significación y el número de pruebas que le están reservadas en la Tierra; indolente y perezosa, se resistiría algunas veces contra los designios de la Providencia y quedaría paralizada desesperando vencerlas, ó bien, mejor templada y más viril, las aceptaría y realizaría con toda seguridad. Pues bien; ni lo uno ni lo otro son necesarios. Conviene que el esfuerzo sea libre, voluntario, que no sufra las influencias del pasado; el campo de batalla debe

ser nuevo en apariencia, para que el atleta pueda presentarse en él y mostrar su valor. La experiencia que ha adquirido anteriormente, las energías que ha sabido conquistarse, le sirven para la nueva lucha, pero de una manera latente y sin que se dé cuenta de ello, porque el alma imperfecta sufre estas reencarnaciones para desarrollar sus cualidades manifestadas ya anteriormente, para despojarse de los vicios y de los defectos que se oponen á la ley ascensional. ¿Qué sucedería si todos los hombres se acordasen de sus vidas anteriores? El orden de la Tierra se trastornaría, y hoy no está en esas condiciones. El *Leteo*, como el libre albedrío, son las leyes del mundo actual.»

En el párrafo anterior hay todavía mucha ocupación del dogma católico de la expiación. No estamos en la Tierra para expiar pecados; la palabra y la idea del pecado son antiguas concepciones del cristianismo, pero en la Naturaleza no tienen fundamento ninguno. La vida terrestre recomienza aquí para que el alma que no se ha perfeccionado en una primera existencia lo haga en una nueva carrera. Pero en todo esto no hay pecado ni expiación de pecado.

Apresurémonos á decir que el recuerdo de nuestras existencias anteriores, del que carecemos en la Tierra, nos volverá cuando hayamos llegado á la dichosa mansión del éter, donde deben transcurrir las existencias que serán la continuación de la vida terrestre. En el número de las perfecciones

y de las potencias, que serán atributos del ser sobrehumano, figurará el recuerdo de todas nuestras vidas anteriores. El ser sobrehumano, cerniéndose en las serenas regiones del éter, verá reproducirse en su memoria, ampliada y de una energía incomparable, todo lo que ha hecho en la Tierra. Tendrá el recuerdo de todas las acciones que haya llevado á cabo. Renacerá para él la identidad. Se le devolverá su individualidad con su conciencia y su libertad.

Juan Reynaud, en su hermosa obra *Tierra y cielo*, describiéndonos las maravillas de esta memoria restituida al hombre después de una serie de transformaciones en su ser, se expresa de este modo:

«La restitución integral de nuestros recuerdos nos parece, en buena lógica, una de las condiciones principales de nuestra felicidad futura. No podemos gozar plenamente de la vida mientras no seamos, como Jano, los reyes del tiempo, y sepamos concentrar en nosotros, con el sentimiento del presente, los del porvenir y del pasado. Así, pues, si un día se nos concede la vida perfecta, se nos concederá también la memoria perfecta. ¡Y ahora representémonos, si podemos, los tesoros infinitos de un espíritu adornado con los recuerdos de una innumerable serie de existencias completamente diferentes unas de otras, y sin embargo, ligadas todas por una continua dependencia! Á esta maravillosa guirnalda de metempsicosis, atravesando el

universo con un florón en cada mundo, agreguemos, si esta perspectiva nos parece digna de nuestra ambición, la percepción lúcida de la influencia particular de nuestra vida sobre los cambios ulteriores de cada uno de los mundos que sucesivamente habremos habitado; engrandezcamos nuestra vida inmortalizándola y casemos noblemente nuestra historia con la historia del cielo; reunamos con confianza todos los materiales necesarios para la felicidad y construiremos la existencia que reserva el porvenir á las almas virtuosas; miremos al pasado por nuestra fe, como por ella miramos al porvenir; arrojemos de la Tierra la idea del desorden, abriendo las puertas del tiempo más allá del nacimiento, como hemos arrojado la idea de la injusticia abriendo otras puertas más allá de la tumba; extendámonos en todas direcciones, y á pesar de la obscuridad que pesa sobre nuestros dos horizontes, elevemos sin miedo nuestra existencia terrestre por encima de la existencia imperfecta de esos elegidos de Cristo á quienes han quitado toda esperanza y cuya memoria no es más que un punto en el abismo de la eternidad; glorifiquemos al Creador glorificándonos nosotros mismos, ministros de Dios sobre la Tierra, y recordemos con santo orgullo, al contemplar los divinos caracteres de nuestra vida humana, que somos aquí los hermanos pequeños de los ángeles.»

Juan Reynaud distingue dos periodos para que

nuestra alma recobre la memoria de todo su pasado. 1.º, el que se realiza, como decían los druidas, en el mundo de los viajes y de las pruebas, de que forma parte la Tierra; 2.º, el período durante el cual nuestra alma, libre de las miserias y de las vicisitudes de la vida terrestre, prosigue sus destinos en el círculo de dicha siempre creciente y progresiva, y que va más allá de la Tierra. En el primer período hay un eclipse de memoria *en cada paso á un elemento nuevo*; en el segundo período, cualesquiera que puedan ser las mutaciones y las transfiguraciones de la persona, la memoria se conserva completa.

Esta teoría de Juan Reynaud está admitida por Pezzani en la obra que hemos citado.

Á excepción de ese *eclipse de memoria en cada tránsito de un elemento á otro*, que creemos inútil, pensamos, como los dos autores citados, que el alma recobrará el recuerdo completo de sus existencias anteriores cuando habite en las regiones etéreas, mansión del ser sobrehumano. Únicamente de esta manera puede explicarse la falta de recuerdo de las existencias anteriores.

Los escritores que se han ocupado de esta cuestión dieron ya la misma solución que nosotros; así es que no hemos hecho más que copiar lo que ellos han dicho.

Otra objeción se nos hará. La reencarnación de las almas, se dirá, no es una idea nueva: al contrario, es una idea tan antigua como la humanidad.

Es la metempsicosis que de los indios pasó á los egipcios, de éstos á los griegos y después á los druidas.

En efecto, la metempsicosis es la más antigua de las concepciones filosóficas; es la primera teoría que inventaron los hombres para explicar el origen y el destino de nuestra especie. Esto, en lugar de ser una objeción á nuestro sistema, viene á confirmarlo. Una idea no subsiste al través de las edades y es aceptada y profesada por los hombres más eminentes de las diferentes generaciones si no se apoya en fundamentos serios. No hay, pues, que extrañarnos de ver sus opiniones en armonía con las ideas filosóficas de los tiempos más remotos de la historia. Los primeros observadores, y particularmente los filósofos orientales, que son los pensadores más antiguos de quienes conservamos escritos, no estaban sometidos á la rutina ni encadenados por la palabra de los maestros. Puestos en contacto con la Naturaleza, la estudiaban sin prejuicios de educación ni de escuela. Por consiguiente, podríamos alabarnos de estar de acuerdo por la deducción lógica de nuestras ideas con la antigua concepción de los sabios indios.

Debemos empero señalar una gran diferencia entre el sistema de la pluralidad de existencias y el dogma oriental de la metempsicosis. Los filósofos indios, los egipcios y la escuela griega, que adoptó las máximas de Pitágoras, admitían que el alma, al salir de un cuerpo humano, va al cuerpo de un

animal á título de castigo. Nosotros rechazamos esto. Nuestra metempsicosis es ascendente y progresiva: nunca retrocede.

No estará de más que hagamos aquí un croquis rápido de la metempsicosis animal, tal como la explicaban las diferentes sectas filosóficas de la antigüedad. De este modo se verá la diferencia que hay entre el dogma oriental y el sistema que aquí exponemos y al mismo tiempo se demostrará cuán popular fué la metempsicosis en la antigüedad, lo mismo en Europa que en Asia.

El libro más antiguo conocido es el de los *Vedas*, que contiene los principios religiosos de los indios. En este código de las primeras religiones del Asia está el dogma general de la conversión final de las almas en Dios. Pero antes de llegar á esta fusión con el gran Todo, era preciso que el alma humana hubiera atravesado la vida en toda su actividad. El alma sufría una serie de transmigraciones y de viajes en diversos lugares, en distintos mundos y al través del cuerpo de muchos animales diferentes. Los hombres que no habían practicado buenas obras, iban á la Luna ó al Sol, ó bien volvían á la Tierra bajo la forma de algunos animales, tales como perros, mariposas, gusanos, culebras, etcétera. Había también lugares intermedios entre la Tierra y el Sol, donde las almas que no eran completamente culpables iban á pasar algún tiempo de pruebas. De la religión de los Indus tomaron los católicos el Purgatorio.



Veamos lo que dicen algunos pasajes de los Vedas:

«Si el hombre ha hecho obras que conducen al mundo del Sol, el alma va al mundo del Sol; si ha hecho obras que conducen al mundo del Creador, el alma va al mundo del Creador.»

El libro de los Vedas dice claramente que el animal tiene, lo mismo que el hombre, derecho á pasar á otros mundos, en recompensa de sus buenas obras. La sabiduría oriental no tenía, para los animales, el desprecio inmerecido que les han profesado la religión y la filosofía modernas.

«Todos los animales, según el grado de ciencia y de inteligencia que han tenido en este mundo, van á otros mundos... El hombre que ha aspirado á la recompensa de sus buenas obras, al morir, va al mundo de la Luna. Allí está al servicio de los encargados de la mitad de la Luna en su creciente. Éstos le acogen con alegría; pero él no está tranquilo; no es feliz; toda su recompensa es haber ido por cierto tiempo al mundo de la Luna. Transcurrido este tiempo, el servidor de los encargados de la Luna en su creciente vuelve á bajar al Infierno: renace gusano, mariposa, león, pez, perro ó bajo otra forma (hasta bajo la forma humana).»

«En los últimos grados de su descenso, si se le pregunta: «¿Quién sois?», responde: «Vengo del mundo de la Luna, en premio de las obras hechas esperando recompensa. Ahora estoy de nuevo encarnado en un cuerpo: he sufrido en el vientre de

mi madre y cuando sali de él; por fin espero adquirir el conocimiento del que lo es todo, entrar en la via recta del culto y de la meditación sin esperar recompensa.»

«El mundo de la Luna es donde se recibe la recompensa de las buenas obras hechas sin haber renunciado á su fruto, á sus méritos; pero esta recompensa tiene un plazo fijo, después del cual se renace en un mundo inferior, un mundo malo, un mundo castigo del mal.

»Al contrario, por la renuncia de todo placer y de la recompensa de las obras, buscando á Dios con fe viva, se llega á ese Sol que no tiene fin, que es el gran mundo y del cual no se vuelve al mundo del castigo del mal.»

Los egipcios, que habían tomado de los indus esta doctrina, hicieron de ella la base de su culto religioso. Herodoto dice que según los egipcios, el alma humana, al salir de un cadáver en descomposición, entra en el cuerpo de un animal cualquiera. El alma emplea tres mil años en recorrer diferentes cuerpos de animales, y al cabo de este tiempo, volviendo á la especie humana, entra en el cuerpo de un niño recién nacido.

Los egipcios cuidaban, con grandes precauciones, de la conservación de los cuerpos humanos. Embalsamaban los cadáveres de sus parientes ó de los personajes importantes, y de este modo preparaban las momias que se ven hoy en nuestros museos. La práctica de los embalsamamientos no

tenía por objeto, como puede creerse, el conservar el cuerpo humano en estado de poder recibir, al cabo de tres mil años, al alma que viniera á reen-carnar en el cuerpo que antes había habitado. Los egipcios creían que el alma vendría á alojarse, no en su antiguo cuerpo, si no en el de un recién nacido. El embalsamamiento tenía otro fin. Creían que el alma no abandonaba al cuerpo humano, para empezar sus emigraciones al través de los cuerpos de los animales, hasta que el cadáver humano estaba completamente descompuesto; de aquí sus esfuerzos por retardar el momento de esta separación, preservando el mayor tiempo posible á los cadáveres de la destrucción. Así lo dice Servius en *Virgilio Commentarius*.

«Los egipcios—dice este autor—, renombrados por su sabiduría, prolongan la duración de los cadáveres, á fin de que la existencia del alma, ligada á la del cuerpo, se conserve y no pase tan pronto á otros. Al contrario, los romanos queman los cadáveres para que el alma, recobrando su libertad, vuelva inmediatamente á la Naturaleza.»

El más antiguo y el más sabio de los filósofos de Grecia, Pitágoras, en sus viajes á Egipto había aprendido el dogma de la metempsicosis. La enseñó en su escuela, y toda la filosofía griega, siguiendo las lecciones del sabio de Crotona, creyó con Pitágoras que el alma de los malos pasaba al cuerpo de los animales. De esta creencia provino la abstinencia de carne que Pitágoras prescribía á sus discí-

pulos, precepto que había tomado también de los egipcios, que respetaban á los animales porque estaban persuadidos de que los cuerpos de las bestias estaban habitados por almas humanas, y por consiguiente, que maltratando á los animales se exponían á maltratar á sus propios abuelos.

El filósofo Empédocles adoptó el sistema de Pitágoras.

Platón, el más ilustre de los filósofos de Grecia, en sus concepciones sublimes sobre la inmortalidad del alma, daba una importancia bastante grande á la opinión de Pitágoras. Admitía que el alma humana pasa á algunos animales en expiación de sus crímenes. Platón decía que nos acordamos en la Tierra de lo que hemos hecho en nuestras existencias anteriores, y que aprender es recordar.

En *Timeo*, dice:

«Los cobardes son convertidos en mujeres; los hombres ligeros y vanos en pájaros; los ignorantes en bestias salvajes, tanto más rastreras y encorvadas hacia la tierra cuanto más degradante ha sido su pereza; las almas encenagadas y corrompidas van á animar peces y reptiles acuáticos.»

Y en *Phedon*:

«Los que se han abandonado á la intemperancia, á los excesos del amor y de la gula, y que no han tenido ninguna continencia, verosíblemente van al cuerpo de animales que se les asemejan. Y los que han amado la injusticia, la tiranía y las rapiñas, van á animar los cuerpos de lobos, de ga-

vilanes, de halcones. El destino de las demás almas es relativo á la vida que han llevado.»

Platón había reducido la duración del tiempo que los egipcios asignaban á los viajes de las almas al través de los cuerpos de los animales: en lugar de tres mil años, decía que era de mil solamente. Sin embargo, sostenía que estos mil años de viajes se repetían diez veces, lo que daba un total de diez mil años para la terminación del círculo de existencias. Entre cada uno de estos períodos el alma hacía una corta estancia en los infiernos. Durante esta estancia en los infiernos bebía el agua en el río Leteo, para perder el recuerdo de su existencia anterior y volver á comenzar su nueva vida, sin memoria ninguna de las vidas anteriores.

Platón daba gran importancia al dogma de la metempsicosis animal, por sus grandes miras sobre la inmortalidad espiritual y la libertad del hombre, ideas que hoy todavía tienen muchos prosélitos.

La metempsicosis tuvo menos importancia en la doctrina de Platón que en la de Pitágoras y en la religión del antiguo Egipto. Recobró toda su importancia entre los filósofos de la escuela de Alejandría, que continuaron en Egipto las tradiciones de la filosofía platoniana é hicieron revivir en la tierra de los Faraones los buenos tiempos del liceo de Atenas.

Plotino, en sus *Enéadas*, nos da una ampliación de las doctrinas de Platón. Veamos lo que dice

este sabio al hablar de la doctrina de la transmigración de las almas.

«Es un dogma admitido en la antigüedad—dice Plotino—que si el alma comete faltas es condenada á expiarlas sufriendo castigos en los infiernos tenebrosos; después se le permite pasar á nuevos cuerpos para recomenzar sus pruebas.»

Este pasaje prueba que, en opinión de los antiguos, la estancia en los infiernos era temporal y que después el alma era sometida á pruebas dolorosas y terribles, según las faltas que tenía que reparar.

El mismo autor, en otro pasaje, á propósito de las emigraciones de las almas, se expresa de este modo:

«El alma, al salir del cuerpo, conserva la potencia que más ha desarrollado. Dejemos la Tierra y elevémonos al mundo de la inteligencia, para no caer en la vida puramente sensitiva, dejándonos ir tras las imágenes sensibles, ó en la vida vegetativa, abandonándonos á los placeres del amor físico y á la glotonería.

»Los que han ejercitado las facultades humanas, renacen hombres. Los que sólo han hecho uso de sus sentidos, pasan á los cuerpos de brutos, y particularmente á los de fieras salvajes, si se han abandonado á los arrebatos de la cólera; de manera que la diferencia de cuerpos que animan está conforme con sus diferentes inclinaciones. Los que sólo han buscado la satisfacción de su concupis-

ciencia y de sus apetitos, pasan á los cuerpos de animales lascivos y glotones. Los que en lugar de seguir los impulsos de su concupiscencia ó de su cólera han degradado sus sentidos por la inercia, se ven reducidos á vegetar en las plantas, porque en su existencia anterior sólo han ejercido la potencia vegetativa y no han trabajado más que para convertirse en árboles. Los que han amado con pasión la música, y además han vivido puros, pasan al cuerpo de aves cantoras. Los que han reinado despóticamente, se convierten en águilas, si no tienen otro vicio además. Finalmente, los que han hablado con ligereza de las cosas celestes teniendo constantemente la vista fija en el cielo, son convertidos en aves que vuelan siempre hacia las altas regiones del aire. Los que han adquirido virtudes cívicas vuelven á ser hombres; pero si no poseen estas virtudes en grado suficiente, son transformados en animales sociables, tal como abejas ó cualquier otro ser de esta especie.»

Los druidas creían en la metempsicosis poco más ó menos como la comprendían los egipcios y los griegos.

Hemos citado los pasajes de autores antiguos para precisar bien cómo entendían la metempsicosis los egipcios, los griegos y más tarde los sacerdotes de los galos. El sistema de la Naturaleza se diferencia de la antigua concepción oriental en que no admite que el alma humana pueda volver nunca al cuerpo de un animal. El alma humana,

según este sistema, ha pasado ya por este elemento preparatorio y no vuelve á él. El animal, en la Naturaleza, desempeña un papel inferior al del hombre; está por debajo de nuestra especie por el grado de la inteligencia y no puede tener mérito ni demérito. Por sus facultades no tiene la responsabilidad de sus actos. Sólo es un eslabón intermedio entre la planta y el hombre; tiene algunas facultades, pero éstas no le asimilan al hombre moral.

Así, pues, no admitimos la vuelta del alma humana á la ruta que ya ha recorrido. La ciencia no admite la retrogradación. El alma humana puede detenerse un instante en su marcha progresiva, pero nunca vuelve atrás. Admitimos que el hombre está condenado á recomenzar una existencia mal empleada; pero esta nueva prueba se hace en un cuerpo humano y no en el cuerpo de un ser inferior. El dogma oriental de la metempsicosis desconocía la gran ley del progreso, que es el fondo de nuestra doctrina.

\*  
\* \*

Prescindimos aquí de la teoría de Darwin sobre la transformación de las especies. Algunos naturalistas, aplicando esta teoría al hombre, le hacen derivar del mono, comparando el esqueleto de este cuadrumano con el del hombre primitivo. Estudian la forma del cráneo en el hombre y en el mono; miden la anchura y la prominencia de las mandí-

bulas; examinan la profundidad de las líneas que sirven á las inserciones musculares, etc. De estas analogías sacan la consecuencia de que el hombre descende anatómicamente de una especie cuadrúmana. Estos sabios no se ocupan para nada del alma, racionando como si en las cavidades anatómicas que exploran y miden no existiera nada que piense. Nosotros, por el contrario, comparando las facultades del alma humana con las facultades de los animales, llegamos á nuestra conclusión. Nuestro principal objetivo es el espíritu en sus diversas manifestaciones; las formas animales no son nada.

El examen de las formas animales tiene para nosotros poquísima importancia cuando se trata de determinar el lugar que un ser viviente debe ocupar en la escala de la creación, porque estas formas tienen el mismo tipo en todos los animales superiores; porque el cuerpo varía muy poco por su estructura en la gran especie de los mamíferos; porque las funciones fisiológicas se ejercen en todos de la misma manera. La base de nuestro sistema es otra: es la base espiritual; son las facultades del alma las que utilizamos como medio de comparación.

Podrán criticar ó desechar nuestro sistema de la Naturaleza. Le presentamos como una opinión personal y no tenemos la pretensión de imponerle. El único mérito de esta concepción filosófica y científica está en la vasta síntesis que liga á todas

las criaturas vivientes que pueblan el mundo solar, desde la más infima planta donde aparece el germen de la organización, hasta el animal, desde el animal hasta el hombre y desde el hombre hasta la serie de seres sobrehumanos y archihumanos que habitan las esferas etéreas, y finalmente, desde estos últimos hasta los radiantes moradores del astro solar.

Recopilando todo lo que la química moderna ha descubierto acerca de la composición de las plantas y los fenómenos físicos de su respiración y lo que sabemos de las propiedades físicas y químicas de la luz, hemos concebido la idea de hacer de los rayos solares el vehículo de los gérmenes animados que estos rayos depositan en las plantas. Meditando sobre lo que acerca de las condiciones físicas de los seres humanos resucitados han escrito los filósofos Carlos Bonnet, Dupont de Nemours y Juan Reynaud, añadiendo á esto nuestras propias meditaciones sobre el destino de los hombres más allá de la temible barrera de la tumba; en una palabra, acudiendo á las fuentes de la ciencia y de la filosofía, hemos compuesto este ensayo de una nueva filosofía del universo.

Este sistema puede ser erróneo y ser sustituido por otro más lógico ó más erudito. Pero siempre quedará la síntesis que hemos realizado de todos los hechos de orden físico y moral que hemos reunido: el lazo por el que unimos á todos los seres de la creación, y que comprende el atributo orgá-

nico y el atributo moral de estos seres; esta gran escala de la Naturaleza, sobre cuyos peldaños colocamos todo lo que tiene vida; este círculo sin fin que une todos los anillos de la cadena de seres vivos. Podrá no aceptarse la explicación teórica que damos de todos los hechos así agrupados, pero creemos que toda teoría que tenga la pretensión de explicar el universo, tendrá que apoyarse en la agrupación de estos hechos. Si nuestra explicación es refutada, quedará nuestra síntesis de los hechos.

Una síntesis bien hecha debe preceder necesariamente á toda teoría de la Naturaleza. Descartes, al elaborar su *sistema de los torbellinos*, formuló seguramente una concepción inexacta; pero los hechos sobre los que reposaba esta teoría estaban tan bien escogidos, respondían tan cumplidamente á las necesidades de la ciencia, que cuando Newton vino con su sistema de *la atracción*, no hubo más que aplicar la nueva hipótesis á los hechos reunidos por Descartes para sus *torbellinos* y resultó la verdadera astronomía y la verdadera física. Cuando Linneo creó su *sistema de botánica*, seguramente hizo una distribución muy artificial de los vegetales, y Linneo mismo conocía bien todos los defectos de su sistema. Pero gracias á este medio artificial consiguió agrupar todas las plantas en un catálogo metódico. Si el principio de la clasificación era malo, el servicio que este catálogo prestó á la botánica fué inmenso. La botánica tomó gran-

des vuelos desde la publicación del *Systema naturæ* del inmortal botánico de Upsala.

No pretendemos en esta obra emitir una teoría irreprochable del universo; solamente nos hemos propuesto reunir y agrupar con método los hechos sobre los que debe apoyarse esta teoría, lo mismo hechos físicos y metafísicos que hechos de orden moral.

---